

Tom Wolfe

La banda de la casa de la bomba

y otras crónicas de la era pop

Traducción de J. M. Álvarez Flórez y Ángela Pérez



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
The Pump House Gang
Farrar, Straus & Giroux
Nueva York, 1968

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: Jordi Labanda

Primera edición en «Serie informal»: 1975
Primera edición en «Contraseñas»: 1983
Primera edición en «Otra vuelta de tuerca»: noviembre 2013

© Tom Wolfe, 1968

© World Journal Tribune Corporation, 1966

© New York Herald Tribune, Inc., 1964, 1965, 1966

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2013

Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7623-9

Depósito Legal: B. 21741-2013

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

A mis padres

INTRODUCCIÓN

Escribí estas historias, salvo dos («El hotel automatizado» y «El nuevo libro de etiqueta de Tom Wolfe»), en un período de diez meses, después de la publicación de mi primer libro: *El coqueteo aerodinámico rocanrol color caramelo de ron*. Fue una época extraña para mí, con varios pícaros voltios de euforia. Anduve de un lado a otro del país y luego, de un lado a otro de Inglaterra. ¡Qué gente conocí...! ¡Qué cosas hacían...! Estaba extasiado. Conocí a Carol Doda. Había inflado sus pechos con silicona emulsificada; más tarde se convirtió en pieza clave de la industria turística de San Francisco. Conocí a un grupo de surfistas: la banda de la casa de la bomba. Asistieron a la sublevación de Watts como si se tratase de una partida en la bolera de Rose, en Pasadena. Fueron a ver a los «negros borrachos» y éstos los reprendieron por escandalosos. En Londres conocí a Nicki, una tenaz muchacha de diecisiete años que se apuntó un tanto frente a sus condiscípulas al hacerse con un amante kurdo y con un pie torcido. Conocí a un oficinista de los de nueve libras a la semana, llamado Larry Lynch. Pasaba todos los días la hora del almuerzo, con otros cientos de trabajadores adolescentes, en las profundidades alucinantes y oscuras como boca de lobo del Tilles, un club nocturno de mediodía. Todos *en éxtasis* por el frug, el rock and roll y Dios sabe qué más, durante una hora... Luego:

otra vez al trabajo. En Chicago conocí a Hugh Hefner. Giraba en su lecho, segregando teatralmente mensajes mientras su cabeza flotaba...

Hablemos de Hefner. Me dirigía a California, desde Nueva York, y, accidentalmente, me detuve en Chicago. Iba bajando por la North Michigan Avenue cuando tropecé con un tipo de la organización Playboy, Lee Gottlieb. Algo que dijo me hizo suponer que Hefner estaba fuera de la ciudad.

—¿Fuera de la ciudad? —dijo Gottlieb—. Hef nunca sale de casa.

—¿Nunca?

—Jamás —afirmó Gottlieb, y prosiguió—: Al menos demora meses el hacerlo e, incluso entonces, sólo sale para meterse en una limusina, ir al aeropuerto y volar a Nueva York para participar en un programa de televisión o para inaugurar, en algún sitio, un nuevo club Playboy.

La idea de que Hefner, Playboy Número Uno, fuese un recluso me fascinó. La tarde siguiente fui a las oficinas de Playboy, en East Ohio Street, a ver si podía hablar con él. En la oficina estaban informados de la ubicación física de Hefner en su mansión de la North State Parkway, como si dispusieran de un télex en directo. Me dijeron que estaba en la cama durmiendo y que no despertaría hasta aproximadamente medianoche. Aquella noche yo estaba matando el tiempo en un garito del centro de Chicago cuando apareció un mensajero para decirme que Hefner ya se había levantado y podía verle.

La Mansión Playboy de Hefner tenía en la entrada un receptor de televisión y, dentro, enormes guardianes o mayordomos negros. *Esclavos nubios*, me dije. Uno de los negros me llevó por una gran escalera tapizada en rojo de pared a pared hasta una inmensa puerta de madera tallada que tenía una inscripción: *Si non oscillas, noli tintinnare*, «si no te balanceas, no suena». Dentro estaban los aposentos privados de Hefner. Éste apareció tras un par de puertas interiores de cristal. Tenía cuer-

da y estaba listo para funcionar. «¡Mira esto!», dijo. «¡Es sorprendente!» Era un número de *Ramparts*, que acababa de recibir. Tenía una página interior plegable y satinada, como la de *Playboy*. Sólo que ésta presentaba una fotografía de Hefner. En la foto vestía traje y fumaba en pipa. «¡Es asombroso!», seguía diciendo Hefner. En esta oportunidad lucía pijama de seda, albornoz y unas chinelas con bordados semejantes a cabezas de lobo. Esto no se debía, sin embargo, a que acabara de levantarse. Era su atuendo habitual para el día, para ese día, para todos los días: el uniforme del recluso contemporáneo.

A medianoche, había varias personas de servicio. *La dame d'honneur* de palacio, que se llamaba Michele; Gottlieb; otros dos empleados de *Playboy* y los negros, todos formalmente vestidos. Hefner me mostró sus aposentos. El lugar se mantenía con las cortinas y las persianas cerradas. La única iluminación, día y noche, era la luz eléctrica. Resultaría imposible rastrear los días en ese espacio. Luego Hefner pasó... al centro de su mundo: la cama de su dormitorio. Una cámara de televisión, de la que se sentía muy orgulloso, enfocaba la cama. Más tarde salió un chiste en *Playboy* mostrando a un hombre y a una mujer desnudos en una inmensa cama, con un aparato de televisión frente a ellos; el hombre decía: «Y ahora, querida, ¿qué te parece una repetición instantánea?» Hefner apretó un botón y la cama empezó a girar...

En aquel momento sólo pude pensar en Jay Gatsby, personaje de la novela de Fitzgerald. Ambos eran arribistas que, saliendo de la nada, hicieron fortuna, construyeron palacios y acabaron en un regio aislamiento. Pero entre Hefner y Gatsby existía una importante diferencia. Hefner ya no soñaba, si es que lo había hecho alguna vez, con dar el gran salto social al East Egg. Era factible que Gatsby tuviese esperanzas de situarse en sociedad. Pero Hefner... ha amasado una fortuna, ha creado un imperio y hoy el Faro *Playboy* brilla sobre la ciudad y los Grandes Lagos. No obstante, socialmente, Hefner es un indivi-

duo que dirige una revista «verde» y una cadena de clubs que recuerdan la planta baja (no las plantas superiores sino la baja) de un burdel tapizado en rojo. Resulta imposible que la sociedad de Chicago acepte a Hugh Hefner.

Así que ha decidido efectuar una buena jugada. Ha iniciado su propia liga. En su propio palacio ha montado su propio mundo. Ha creado su propia estatusesfera. El mundo exterior viene a él, incluida la gente célebre y de talento. Jules Feiffer pasa un rato en la suite escarlata de los invitados. Norman Mailer se baña desnudo en su piscina Playboy. Tiene sus cortesanos, sus mujeres y sus esclavos nubios. Ni siquiera la luz diurna del propio Dios obstruye con su ritmo el orden que Hefner ha establecido.

¡Qué idea tan maravillosa! Después de todo, la comunidad jamás ha consolidado una gran familia feliz para todos los hombres; yo diría que, más bien, ha ocurrido todo lo contrario. Los sistemas de estatus de la comunidad han conformado juegos con pocos ganadores y muchos que se consideran perdedores. Una idea interesante: un hombre toma sus nuevas riquezas, su tiempo libre y sus máquinas, se segrega de la comunidad e inicia su propia liga. Seguirá existiendo una competencia de estatus..., pero las reglas las inventa él.

¿Por qué nadie lo ha hecho antes? Bueno, no hay duda de que sí se ha hecho. Lo hizo Robin Hood. Lo han hecho los eunucos, los homosexuales, los artistas y las pandillas callejeras; todos los grupos de proscritos y de marginados, ya fuera por necesidad o por elección. Lo asombroso, según descubrí, es que actualmente haya tantos norteamericanos e ingleses, de ingresos medios y bajos, haciendo lo mismo. No por «rebelión» o «extrañamiento»: sólo quieren ser ganadores felices, para variar.

¿Qué puede hacer con su nueva riqueza un individuo que trabaja en electrónica, en California, y gana 18.000 dólares al año? ¿Dedicarse a inscribir a su hijo en el Culver Military y a él y a su esposa en el Doral Beach Country Club? Socialmente, es

un mecánico glorificado. ¿Por qué no dedicarse, a lo Hefner, a convertir su casa en un palacio lleno de maravillas tecnológicas y ampliar esto fuera, en tierra, con una ranchera Buick y un Pontiac GTO; en el mar, con un crucero Evinrude e, incluso en el aire, con un Cessna 172? ¿Por qué no rodear el palacio con ese elemento (mi favorito) de los barrios residenciales de los felices trabajadores del Oeste norteamericano, el Foso Casero? Tiene casi un metro de ancho y medio metro de profundidad. Se facilitan instrucciones para la colocación de rocas, flores y matorrales. El Foso Casero es una salvaguardia psicológica contra la intrusión del mundo exterior. El Foso Casero elimina el miedo a que Eso se deslice furtivamente por la noche y apriete su nariz contra el ventanal.

California del Sur, según descubrí, es un auténtico paraíso de estatusesferas. Por ejemplo, la tendencia a la segregación por la edad: proyectos de construcción de zonas residenciales para viejos, zonas privadas en las que sólo pueden comprar una casa los mayores de cincuenta años. Existen zonas de apartamentos únicamente para solteros de veinte a treinta años. El Sunset Strip, de Los Ángeles, se ha convertido en un centro de reunión exclusivo para grupos de jóvenes de dieciséis a veinticinco años. En 1966 estuvieron al borde de la guerrilla urbana para defender su estatus contra la policía, que se disponía a hacer una «limpieza».

Y... la banda de la casa de la bomba. Se trataba de un núcleo de chicos y chicas agrupados de modo aparentemente similar al de las pandillas callejeras. Empero, sus motivaciones eran muy distintas. Procedían de hogares de clase media y alta clase media de la comunidad playera La Jolla, quizá la más selecta de California. Tenían muy poca sensación de resentimiento hacia sus padres y la «sociedad», y no eran rebeldes. Su única base de «extrañamiento» la constituía la protesta habitual del adolescente: el sentimiento de que se le está introduciendo en la edad adulta de acuerdo con esquemas ajenos. Así que hi-

cieron algo definitivo: se segregaron. (*¡A la playa! ¡A los garajes!*) Iniciaron su propia liga basada en el esoterismo del surf. No estaban resentidos con la gente más vieja que se encontraba a su alrededor; aquellos dolidos viejos más bien les daban lástima, pues no podían participar en su estatusesfera esotérica.

El día que conocí a la banda de la casa de la bomba, acababan de expulsar a unos cuantos del grupo del «garaje de Tom Coman», como le llamaban. Durante el verano siguiente, pasaron de la vida de garaje a un grupo de apartamentos próximo a la playa, un complejo que ellos llamaban La Colonia Tijuana. Por entonces, algunos estaban pasando de la vida del surf a la vanguardia de algo distinto: el mundo psicodélico de California. Ésta ya es otra historia. Incluso los hippies, tal como después fueron conocidos los miembros de este grupo, no evolucionaron de modo sui géneris. El así llamado «abandono» no era más que un perfeccionamiento, aún más refinado, de la clase de mundo que los surfistas y los chicos de los coches que conocí («los Melenudos») se habían dedicado a crear durante la década anterior.

La banda de la casa de la bomba vivía como si la segregación por edad fuese una condición permanente, como si resultara inconcebible que cualquiera de ellos llegase a hacerse viejo algún día. Es decir, a cumplir veinticinco años. Es posible que un día la costa californiana aparezca sembrada con los cuerpos de los *surferkinder* viejos y abandonados; algo semejante a lo de las ballenas que van a morir a las playas. Pero, en realidad, muchos de estos muchachos parecen capaces de conservar la atmósfera mental de la vida del surf e introducirla en la edad adulta..., incluso en ese mundo adulto en que uno tiene que ganarse la vida. Recuerdo que fui a las carreras de motos de Gardena, California, justo al sur de Watts, con un surfista que ahora tiene cerca de treinta años y ha montado un gran negocio de equipos para deportes acuáticos. Desde los disturbios de Watts había transcurrido un mes. Estábamos sentados en las tribunas

de Gardena. Debajo rugían las motocicletas, en la pista de media milla, parpadeando bajo las luces. Exactamente enfrente de la tribuna donde estábamos sentados se hallaban Watts y Compton.

—Tom —me dijo—, ¡si hubieras estado aquí el mes pasado!

—¿Por qué?

—Los disturbios —aclaró—. ¡Lo que te perdiste! Estábamos sentados precisamente aquí, donde ahora nos encontramos tú y yo, mientras las motos daban vueltas ahí abajo. Y allí —a la izquierda se podía ver, por encima de las tribunas, la autopista— las unidades de la guardia nacional bajaban de los camiones y formaban filas, con las bayonetas y todo lo demás. Fue aterrador. Y luego, allí —su mirada y su voz adquirieron un matiz remoto, yéndose de la pista hacia Watts—, allí, en la distancia, Los Ángeles... *jardiendo!*

Unos minutos más tarde dieron su primera vuelta diez motocicletas, justo enfrente de donde estábamos sentados. Cinco chocaron entre sí. Volaron cuerpos por el aire, en distintas direcciones. Uno de ellos, que llevaba pantalones blancos y negros de cuero, chocó en el aire con una moto que lo lanzó contra otra que venía detrás. El muchacho se llamaba Cleemie Jackson. Murió: todos lo vieron. Su cuello se quebró como una vara. Otros dos corredores se hallaban gravemente heridos. Pero el locutor ni siquiera mencionó a los que quedaron tendidos ahí. Sólo nombró a los que se levantaron. «Ahí tenemos al número 353, Rog Rogarogor, que se ha puesto en pie; su máquina parece estar en condiciones...» En cuanto retiraron los heridos, se reanudó la carrera. Afortunadamente no habían tenido que utilizar las dos ambulancias. En el circuito había dos y, si tenían que utilizarlas a la vez, interrumpían la carrera hasta que una volvía. Consiguieron meter a los tres muchachos más graves en una de las ambulancias. Era un gran Cadillac blanco que partió sin mucha prisa. Ni siquiera encendieron una luz. Tres minutos después oímos la sirena, autopista abajo. Lejos,

en la distancia, como dicen ellos. Era un sonido extraño y fantasmal, dadas las circunstancias, pero la carrera se reanudó en cuestión de segundos, con cinco motos en vez de diez, y todo quedó olvidado. Como siempre, sólo unas líneas en los periódicos sobre aquel muerto.

No me parece un incidente demasiado mórbido, si lo analizamos en su contexto. Los corredores de media milla son lo más salvaje y suicida del mundo de la moto pero, en realidad, para estos grupos de motoristas las mayores satisfacciones derivan del placer de arriesgar el pellejo. El mundo de la moto ha sido perfecto como estatusesfera: es peligroso e implica, por lo tanto, valor; es tan esotérico como el surf; puede liberarte físicamente de la *comunidad*.

Cuando se menciona el mundo de la moto, la gente tiende a pensar (una vez más) en proscritos. Principalmente en los Ángeles del Infierno. Pero los Ángeles y otros motoristas marginales sólo conforman un pequeño sector entre aquellos que han iniciado su propia liga con la moto. Nunca olvidaré la agencia Harley-Davidson de Columbus, Ohio. Por la parte trasera entró un tipo arrastrando una gran Harley. Estaba toda abollada y machacada: radios, tuercas, cilindros, engranajes, cadena. Todos dijeron: «¡Tuviste un accidente!» El tipo respondió: «No, fue mi esposa.» Los demás agregaron: «¡Estará malherida!» El tipo repuso: «Bueno, pilló un bloque de cemento de este tamaño y..., vaya, parece que la ha destrozado.» Al parecer, había comprado la Harley para disfrutar de una simple distracción al margen de la mujer y los críos. Luego descubrió que en Columbus había cientos de motoristas que huían de la mujer y los críos. Pronto comenzó a reunirse diariamente con los muchachos, después del trabajo, en un sitio llamado Gully's. Bebían cerveza y daban un paseo hasta el lago Erie antes de regresar a casa, un viajecito de trescientos kilómetros. Así tenían toda una nueva vida para ellos (¡bendita liberación!), basada en la motocicleta. Hasta que su esposa decidió intervenir...

Columbus constituye el centro neurálgico de este mundo de la motocicleta. Supongo que esta afirmación sorprenderá y molestará (otra vez los condenados Ángeles del Infierno) a muchos habitantes de Columbus, pese al hecho de que allí tenga su sede central la Asociación Motociclista Norteamericana. Columbus es, aparentemente, de lo más conservador y tradicional. Algunas grandes familias de propietarios dominan todo. Pero no controlan el mundo de la moto, que ha proliferado en la ciudad y sus alrededores durante los últimos diez años con fecunda y amplia variedad, incluyendo desde las endemoniadas carreras de media milla hasta los clubs de viajes Honda. También existe una versión local de los Ángeles del Infierno, los Road Rogues. Pero la inmensa mayoría de los motoristas de Columbus son ciudadanos que respetan escrupulosamente la ley y que han descubierto una forma de vida infinitamente más rica que la de simples mulas de carga de los notables de Columbus.

Los dos grandes motoristas de Columbus son Dick Klamforth, un ex campeón de carreras de media milla actualmente propietario de la agencia Honda local –la mayor del país–, y Tom Reiser. Este último es, sin discusión, uno de los grandes. Reiser inventó la llamada Bomba de Tom. Logró un éxito definitivo: surcó el aire del Medio Oeste norteamericano montando un motor Chevrolet V-8, de 300 caballos... a pelo...

Ahora bien, no es esto, exactamente, lo que los grandes pensadores utópicos del siglo XIX –los Saint-Simon, Fourier y Owen– meditaban cuando imaginaban un mundo futuro en el cual todo trabajador contaría con el tiempo y el dinero necesarios para desarrollar al máximo la capacidad que Dios le hubiese otorgado. Los viejos utópicos creían en el industrialismo. De hecho, fue Saint-Simon quien acuñó el término. Sin embargo, el paraíso del trabajador que el industrialismo crearía termina-

ría adoptando una forma más pastoril. Ellos imaginaban una especie de aldea rousseauniana, primitiva y feliz, con comodidades y servicios modernos. En suma, una comunidad en la que todos, grandes y pequeños, estuviesen unidos para siempre, agradecidos como perros de aguas. Después, en los años veinte y treinta, esta visión se modificó, instalando a los felices trabajadores en limpios bloques de apartamentos Bauhaus pintados de blanco plomizo y añadiendo Cultura. La familia se reuniría, todas las noches, alrededor del hogar, para que papá leyera fragmentos de John Strachey o de Maiakovski mientras la WQXR zumbaba en sus oídos. El momento culminante de la semana sería la tarde del sábado: papá se pondría su traje azul eléctrico (un poco basto, por supuesto, pero limpio y planchado, «conmovedor», en realidad) y toda la familia iría cogidita de la mano al centro cultural, donde los Trabajadores Voluntarios de la Danza interpretarían un ballet llamado «Fábrica». Hoy, en los años sesenta, existen muchos centros culturales. Funcionan en la mayoría de las metrópolis de Norteamérica. Pero ¿qué se ha hecho de los felices trabajadores? Esos templos de la cultura y la estética se construyen, generalmente con gran coste, en nombre del «pueblo». Pero el pueblo –ese pueblo feliz– los ha cedido a las clases cultas y sensibilizadas, a la «élite del diploma», que los creó.

Incluso entre las clases cultas (el término «clases superiores» ya no funciona) reina una extraña confusión a este respecto. En tanto la gran fama (la certificación del estatus) es asequible sin la gran propiedad, resulta difícil mantener la vieja concepción de la estructura de clase. En Nueva York, por ejemplo, está liquidada, aunque nadie se haya molestado en certificar su defunción. Como resultado, la «sociedad» neoyorquina consta de gran cantidad de estatusesferas afanosamente entregadas a la invasión del reino de la vieja clase para obtener títulos que presen autenticidad a su fama. El mundo de los negocios y otras estatusesferas corporativas han canibalizado con tal voracidad

los viejos usos aristocráticos, que he tenido que escribir un nuevo manual para los profanos en la materia: «El nuevo libro de etiqueta de Tom Wolfe». Las corporaciones de grandes hoteles anuncian ahora Lujo (igual a «clase») para los mismos grupos que solían ir a aquellos típicos hoteles de segunda categoría para corredores de comercio u hombres de negocios. Esta *clase* de segunda clase es un invento muy divertido, a menos que por casualidad te alojes en el Hotel Automatizado sin conocer las reglas del juego. Entretanto, los trepadores individuales se mueven afanosamente en los pequeños cotos cerrados que fueron feliz monopolio de la «clase superior» —como las obras de caridad y la Cultura—, y destaco el ejemplo perfecto de Bob y Spike Scull para los que quieren triunfar *Ahora*, sin tener que esperar tres generaciones, como hacía la gente anticuada, por ejemplo la familia Kennedy. Naturalmente, con tantas estatusferas en actividad y tantos atajos, en la sociedad actual impera un caos crónico. Hoy la gente llega a la cúspide sin saber a la cúspide de qué demonios ha llegado. No saben si han alcanzado *la* cúspide o si sólo han realizado una ascensión maravillosamente vertiginosa por el ascensor de servicio. Pero, como dice el propio Bob Scull: «¡Goza!»

Lo que más me sorprendió, tanto en Norteamérica como en Inglaterra, fue el hecho de que tanta gente encontrara formas tan novedosas de hacer precisamente eso, *gozar*, ampliando su ego en los mejores términos asequibles, es decir, los propios. Es curioso que tantos pensadores y políticos serios se resistan a admitir este hecho tan evidente. La nueva ampliación del ego —especialmente si la intentan todos esos rancios proletarios y pequeñoburgueses suburbanos— configura una perspectiva desconcertante. Cabría decir que, incluso, pavorosa. Intelectuales y políticos muestran hoy una profunda nostalgia de las viejas restricciones, de los viejos límites y del antiguo aplastaegos: *la calamidad*. Históricamente, la calamidad ha sido la única preocupación seria de la gente seria. Guerra, Peste... ¡Apocalip-

sis! Me impresionó el profundo alivio con que intelectuales y políticos descubrieron, en 1963, la existencia de la pobreza en Norteamérica, cortesía del libro *The Other America*, de Michael Harrington. Como digo, fue *descubierta*. ¡Eureka! ¡La encontramos de nuevo! Creíamos haberla perdido. Éste era el espíritu de la empresa. Cuando estallaron los disturbios raciales —y cuando la guerra de Vietnam se convirtió en un infierno colosal—, los intelectuales también dieron la bienvenida a esto con un abrazo macabro. ¡Guerra! ¡Pobreza! ¡Insurrección! ¡Alienación! ¡Oh, Cuatro Jinetes, no nos habéis abandonado totalmente! El juego puede continuar.

Una noche, en mitad del período durante el cual escribía estos relatos, me puse *mi* traje azul eléctrico (es realmente azul eléctrico) y participé de un simposio en Princeton, con Günter Grass, Allen Ginsberg y Gregory Markopoulos —un cineasta underground—, celebrado ante 1.200 estudiantes. El tema era «El estilo de los años sesenta» y Paul Krassner actuaba como moderador. Este hombre tiene sentido del humor, pero los Jinetes embistieron. Muy pronto la discusión se centró en la represión policial, las tácticas de la Gestapo, la llamada a la puerta, el triunfo del *knout*. Apenas podía creerlo, pero así ocurrió.

«¿De qué hablan ustedes?», dije. «¡Estamos en medio de una explosión de felicidad!» Pero no sabía por dónde empezar. Podría también haber dicho: hablemos del Rey del Pescado. La idea de la felicidad, decía Saint-Just hace un siglo, es nueva en Europa. Al parecer también era nueva aquí, prácticamente desconocida. Ah, *¡filósofos!*, si hemos de ser *serios*, analicemos el verdadero futuro apocalíptico y las cosas realmente pavorosas: la ampliación del ego, la política del placer, la mafia de la autorrealización, la farmacología del Supergoce...

Pero ¿por qué discutir esto ahora? Yo, en realidad, me conformaría con poder contemplar las caras de nuestros dirigentes, políticos e intelectuales cuando despierten, miren por encima del hombro y vean de pronto a sus antiguos seguidores corrien-

do como rayos, *¡obreros felices!*, justamente en dirección opuesta, a través de ese ozono norteamericano bendecido por Dios —*¡jinetes apocalípticos!*—, montados en versiones propias —*¡goza!*— de los motores Chevrolet V-8 de 300 caballos de este mundo... a pelo...

Primera parte

LA BANDA DE LA CASA DE LA BOMBA

Nuestros muchachos nunca se cortan el pelo. El pantera negra tiene los pies negros. Los pies negros del desvencijado pantera negra. Pan-te-ra. Mee-dah. Pam Stacy, dieciséis años, es una elegante de aquí, de La Jolla, California, con sus pantalones de color naranja acampanados, estilo pata de elefante; está sentada en un escalón, el cuarto de la escalera de la playa, y puede ver un par de repugnantes pies negros sin alzar la cabeza. Así que dice en voz alta: «El pantera negra.»

Alguien que está sentado unos escalones más abajo, uno de los muchachos de pelo *maxi* y pantalones cortos caqui, dice: «Los pies negros del pantera negra.»

«Mee-dah», dice otro chaval. Ésa es, precisamente, la consigna de una, bueno, de una sociedad underground conocida como la Mac Meda Destruction Company.

«El pan-te-ra.»

«La pan-te-ra.»

Todos estos chavales, diecisiete, miembros de la banda de la casa de la bomba, andan alrededor de estas escaleras por la playa de Windansea, La Jolla, California, hacia las once de la mañana, y todos miran los pies negros, que son un par de zapatos de calle negros de mujer, de los que surgen dos viejos tobillos blanquecinos y venosos que conducen como una rampa se-

nil a una especie de pastel de chocolate de carne sebácea y edematosa; sus muslos, que parecen escaparse del traje de baño, y en los que hay viejos y desvaídos cardenales amarillentos, que probablemente se produjo corriendo ocho metros para coger un autobús o algo semejante. Allí está con su viejo maridito, que lleva *sandalias*: ya se sabe, un par de calcetines azul marino por el tobillo y esas sandalias con grandes tiras oscuras, anchas, que huelen a nuevas. Amigo, parecen sandalias ortopédicas, si puede imaginarse algo así. Evidentemente, esta gente viene de Tucson o de Albuquerque o de uno de esos sucios pueblos de casas de adobe. Todos esos sucios y desmigajados pies negros vienen a la playa de La Jolla desde los pueblos de casas de adobe para pasar el fin de semana. Incluso traen coche; un coche lleno de termos y emparedados de mayonesa y una especie de apoyo de madera y emparrillado para el viejo inválido que conduce, además de persianas en la ventanilla trasera.

—El pantera negra.

—Pan-te-ra.

—Mee-dah.

Nadie se lo dice directamente a los dos inválidos. Dios mío, deben tener prácticamente cincuenta años. Como es de suponer, llevan toda clase de basura imaginable: las sillas plegables de aluminio, los periódicos, el libro de la biblioteca de préstamo con forro de plástico, las gafas de sol, bronceadores, aproximadamente un cubo de crema...

Son mexicanos. Y tratándose de mexicanos, ambas partes achican los ojos y se miran, pero nadie lanza un golpe. Por supuesto, ninguno de la banda de la casa de la bomba daría siquiera un empujón a esta gente o les diría algo de forma directa; son demasiado «fríos» para eso.

Todos los de la casa de la bomba parecen molestos. Incluso Tom Coman, que es un tipo frío. Tom Coman, dieciséis años, a quien anoche expulsaron de su garaje. Allí está, sentado en la baranda, junto a las escaleras, sobre la playa, con las piernas se-

paradas. Una esbelta y guapa chica de pantalones amarillos está de pie en la acera pero apoyada en él, rodeando su cuerpo con los brazos, pero sólo para descansar. Neale Jones, dieciséis años, un muchacho de larga melena lacia de perfecto surfista, está sentado allí cerca con un esparadrapo en el labio superior, donde tiene una quemadura del sol. También está arriba, en la acera, Little Vicki Ballard. Su hermana mayor, Liz, está al fondo de las escaleras junto a la misma casa de la bomba, un bloque de cemento de cuatro metros y medio de altura, donde está la maquinaria del sistema hidráulico de La Jolla. Liz va ataviada según el gran estilo «Liz», un inmenso chaleco de piel de conejo y botas negras de cuero sobre los vaqueros, aunque estamos a más de treinta al sol, que cae a plomo como la lámpara de dentista de Dios y el Pacífico hinchándose con un oleaje entre bueno y mediano. Kit Tilden anda también por allí, y Tom Jones, Connie Cartes, Roger Johnson, Sharon Sandquist, Mary Beth White, Rupert Fellows, Glenn Jackson, Dan Watson de San Diego, todos andan por allí, y todos echan un vistazo a los panteras.

Por fin, el viejo, debe tener prácticamente cincuenta años, le dice a su mujer:

—Bueno, vamos un poco más arriba. —Y la coge por su brazo como para darle un golpe de volante y dirigirla lejos de allí.

Pero ella dice:

—¡No! ¡Tenemos tanto derecho como ellos a estar aquí!

—Ésa *no es la cuestión...*

—Es que vas a...

—*Señora Roberts* —dice el maridito, llamando a su propia esposa por su nombre oficial de casada, como diciéndole que hizo un voto una vez y, en consecuencia, la palabra de él es ley, aunque no pruebe a utilizarla con aquellos chavales rubios—. Más arriba, *Señora Roberts*.

Comienzan a caminar paseo arriba, pero uno de los muchachos no retira los pies y, oh, Dios mío, mientras la mujer

pasa por encima el maridito se quiebra en una terrible y temblorosa sonrisa de caramelo, como diciendo: «Perdón, señor, yo no quiero armar líos, por favor, no se levanten usted y sus colegas y empiecen a pegarme gritando *Toma ya...*»

¡Mee-dah!

¡Por supuesto! Esta playa está prohibida para quienes tengan cincuenta años. Es una playa segregada. Los viejos pueden mirar la playa de Windansea y sólo verán chicos apuestos y bronceados. Hay un cartel que dice «No nadar» (por razones de seguridad), que quiere decir sólo surf. En realidad, la playa está segregada con criterios de edad. Desde Los Ángeles hacia abajo, por toda la costa californiana, estamos en la era de la segregación por edad. La gente siempre ha tendido a segregarse según este criterio, adolescentes con adolescentes, viejos con viejos, como los que se sientan en los bancos cerca del Zoo del Bronx y fuman cigarrillos negros. Pero antes la segregación por edades se había practicado en una comunidad más amplia. Tarde o temprano, a lo largo del día, todo el mundo se mezclaba en la vieja red de la comunidad que abraza prácticamente a todo el mundo, a todas las edades.

Pero en California, hoy, los surfistas, y no digamos los chavales del rock and roll y los audaces jinetes de la moto, los Mele-nudos, llamados así por sus fantásticos despliegues capilares, todos los grupos de muchachos no sólo andan juntos, sino que organizan pequeñas sociedades completas sólo para ellos. En algunos casos, viven juntos durante meses. El Sunset Strip de Sunset Boulevard era antes una especie de Times Square para juerguistas de Hollywood de todas las edades, para cualquiera que quisiese desplegar su versión de la «gran vida». Hoy The Strip es casi coto exclusivo de chavales entre los dieciséis y los veinticinco años, en la misma línea que los clubs «a go-go». Uno de ellos, un sitio llamado It's Boss, es para gente entre los dieci-

séis y los veinticinco. Allí no dejan entrar a nadie que tenga más de veinticinco. A veces hay terribles escenas de «Trágame tierra» cuando aparece una chica con su novio y el tipo de la puerta del It's Boss no cree que ella tenga veinticinco sino más y le dice que tendrá que enseñar algún documento que pruebe que es lo suficientemente joven para entrar allí y vivir el tipo de vida de The Strip y... no tiene solución, porque ella no puede sacar el carnet de identidad y nada en el mundo hace que una mujer parezca más estúpida que el que se ponga a decir: *Soy más joven de lo que parezco, soy más joven de lo que parezco*. Así que prácticamente se arruga como una cabeza de momia peruana frente a su novio y éste se la lleva de allí a buscar algún sitio donde pueda entrar con una muñeca vieja como ella. Uno de los pocos clubs que quedan para la «gente mayor» es, paradójicamente, el club Playboy. Hay casas de apartamentos que son sólo para personas de veinte a treinta años, como el Sheri Plaza de Hollywood y el E'Questre Inn de Burbank. Hay proyectos completos de urbanizaciones, en su mayoría privadas, donde sólo pueden comprar una casa individuos de entre cuarenta y cinco y cincuenta. Por otra parte, hay ciudades enteras que han pasado a identificarse como «jóvenes»: Venice, New Port Beach, Balboa... Y como «viejas»: Pasadena, Riverside, Coronado Island.

Detrás de todo esto (especialmente en el caso de un distrito entero de clubs nocturnos de una gran ciudad, The Strip, que pasa a convertirse en zona de adolescentes) sólo hay dinero. La Segunda Guerra Mundial y la prosperidad que siguió inyectaron en la población increíbles cantidades de dinero, al menos en la población blanca, a todos los niveles de clase. De pronto, aparecen miles de personas de dieciséis a veinticinco que disponen de bastante dinero para sostener una cadena entera de clubs nocturnos y tener coches para ir allí, y para establecer mundos autónomos propios en una comunidad residencial tan elegante como La Jolla...